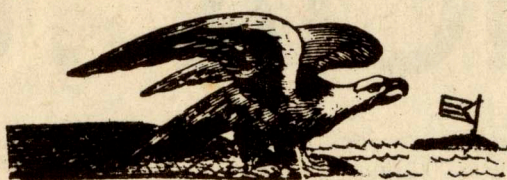


¿CUBA SOLA?



Por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

La tercera operación norteamericana para aislar a los pueblos de América Latina de la Revolución Cubana, abarcando para el efecto todos los frentes dados y empleando todas las armas posibles, lícitas e ilícitas, culminará en la próxima reunión de la OEA. Lo que ahí se acuerde podrá ser considerado como el límite del servilismo de los gobiernos oligárquicos de nuestras repúblicas y como el máximo rendimiento del "chantajismo" yanqui respecto a la disponibilidad, voluntaria e involuntaria, de los escasos gobernantes independientes que quedan. Desde el alegre "chulillaje" de Stroessner, Prado o Somoza hasta el vergonzante acatamiento de la presión imperialista de Frondizi o Lleras, la gama de la complacencia a los caprichos del Departamento de Estado de Washington y a los monopolistas con sede en Wall Street es desde lejos variopinta, pero a la postre, salvo las honrosísimas excepciones de México y el Brasil, resulta del mismo rutinario tono, puesto que se destina a un idéntico fin: ahogar a Cuba, preparar el camino para la nueva invasión, matar no tanto el régimen izquierdista que en la isla del Caribe prevalece cuanto al ejemplo indestructible que constituyen las fundamentales conquistas revolucionarias.

No habrá hombre libre y lúcido que niegue que por lo menos dos de esas conquistas son históricas, y que inexorablemente, aun cuando los dirigentes cubanos no lo deseen, su difusión por nuestro continente explotado y hambriento será, debido a la fuerza de la razón histórica que encierran, inevitable. Esas dos conquistas son: derrota definitiva de la oligarquía nacional y liquidación total del dominio imperialista. Sin la desaparición de estos dos factores negativos, inhumanos y cruentos, a cuyo amparo el abuso es ley y la miseria y la ignorancia instituciones, resultan imposibles los empeños por llevar a cabo las reformas agraria, urbana, crediticia, estatal, etc. En las venas de las sociedades constituidas para la injusticia —para el goce de unos pocos y el padecimiento de los más, en las cuales aquéllos se enriquecen infinitamente con el trabajo de éstos— corre la sangre negra del oligarquismo y el imperialismo. Todo propósito de dar salud al cuerpo social sin desterrar el doble tóxico de la opresión de los grupos económicos internos aparejados a los intereses económicos externos puede equipararse, dirigido ingenua o maliciosamente, a la curación mediante el exorcismo irracional. Cuba ha sido el primer país latinoamericano que ha ganado la batalla a las beocias camarillas feudales y capitalistas nacionales y al voraz aparato imperial. Nos ha brindado la patria de Martí una lección ya imborrable que sobrevivirá a la calumnia y al fuego: las masas en pie son capaces de derribar la dictadura política, social y económica, porque, como ya se dijo, el enemigo de los pueblos es sólo un "tigre de papel".

No hace falta enumerar el proceso que ha cumplido el odio yanqui contra Cuba. Está en la memoria de todos los latinoamericanos, aun de aquellos que, callándose y absteniéndose, han contribuido con el silencio a que la gran conspiración prospere. Malinches y felipillos han tenido en estos años su más frenético carnaval. Al llamado de Colombia, donde todavía los campesinos empuñan armas contra los godos redivivos, la mayoría de las cancillerías ha corrido (y la peruana a la cabeza, peleándose el primer lugar en la adulación) a recibir la orden del amo, ese "aliado para el progreso" que paga con migajas la sumisión. Unas pocas lo han hecho discretamente. Apenas dos han mantenido sus puntos de vista principistas. Los yanquis sólo quieren una cosa: que Cuba quede sola para poder golpear, con el permiso de la desleal familia, al pequeño adversario que se atrevió a arrojar de su suelo a los usurpadores extranjeros y a sus socios nativos. Pero, pase lo que pasare, la Revolución Cubana no quedará aislada. Hay una veintena de pueblos hermanos, a los que no representan los gobiernos del "chulillaje", que luchan ya, en la medida de sus energías, para hacer morder el polvo a la oligarquía y expulsar de sus fronteras al imperialismo. No hubo nunca aislamiento posible. No lo habrá ahora.